

Contemplar toda la complejidad de la Interpretación

La Interpretación es un ámbito en el que confluyen aportaciones de disciplinas muy diversas: comunicación, marketing, psicología, pedagogía, gestión empresarial, museología, historia, etc. Para poder abordar toda esta complejidad se imponen dos exigencias: primera, centrarnos tanto en el patrimonio natural como en el cultural y, segunda, contar con los recursos suficientes para abordar los diversos aspectos implicados. Por todo ello el *Curso de Postgrado en Interpretación Ambiental y del Patrimonio (comunicar, participar, disfrutar)*, constará de 200 horas de enseñanza organizadas en unas 25 unidades y en 5 módulos, un total de 20 créditos formativos.

Desarrollarse en el contexto de todo el Estado

En el extranjero, especialmente en el mundo anglosajón, existen muchas y variadas ofertas formativas sobre interpretación. Por otra parte, los cursos que se ofrecen en España tienen un ámbito territorial muy limitado. Cuando nos planteamos el desarrollo del curso nos impusimos la condición de que debía tener alcance estatal. Y ello afectaba, por lo menos, a dos elementos: debía poderse seguir desde cualquier punto de España –lo que será posible gracias a la metodología de la UOC– y que los autores implicados en la realización de los materiales fuesen también representativos de la totalidad del Estado Español.

Por otra parte, debemos remarcar que lo anteriormente señalado no nos impide que, en una segunda fase, el curso pueda adquirir una dimensión internacional: de hecho ya hemos iniciado gestiones con posibles colaboradores de otros países. Como tampoco implica que no tengamos en cuenta otros idiomas del Estado que no sea el español: es muy probable que, ya en la primera fase, el curso también pueda seguirse en catalán.

Adecuada combinación de teoría y práctica

El experiencialismo y el academicismo son dos elementos que, si no se combinan de forma adecuada, pueden desvirtuar cualquier iniciativa como la nuestra. Para conseguir este equilibrio hemos procurado que los autores de los materiales provengan tanto del campo de la práctica como del mundo académico. También, hemos dado una estructura al curso que tenga en cuenta este equilibrio.

Así, de los cinco módulos en que se estructura el contenido, uno está dedicado al análisis de estudios de casos de programas de Interpretación, otro a la realización de un proyecto y los tres restantes al marco conceptual, a los medios interpretativos y al proceso de planificación.

Está previsto que el curso pueda iniciarse a principios de octubre de 2000. En estos momentos se están ultimando los detalles de los materiales didácticos y, tanto desde nuestro grupo de trabajo (Universidad de las Islas Baleares, más algunos colaboradores externos) como desde la UOC, se trabaja con este objetivo. Esperamos conseguirlo. Como también esperamos la complicitad de los miembros de la Asociación para la Interpretación del Patrimonio (AIP, España).

(NOTA: para obtener más información, recomendamos dirigirse a los autores de este artículo)

Preguntar no es interpretar

Miguel Ángel Pinto Cebrián

Intérprete de personas, animales, plantas y cosas.

Correo E:

PINTOBU@santandersupernet.com

“¿Saben ustedes qué planta es esta?...”

Salvo se trate de alguna especie muy extendida y común, lo más probable es que el grupo de visitantes responda “no”. Entonces el guía responde a la ignorancia del grupo, en el caso más optimista con “es una digital”, y en el peor con “se trata de una *Digitalis purpurea*”.

Otro caso parecido se pudo producir en el ámbito del patrimonio histórico. Me imagino la cara que pondríamos muchos de nosotros, absolutos profanos en esos temas, si un guía nos pregunta, sin más, algo así como: “¿Saben ustedes como se llama eso de ahí?...” (¡y se refiere a una arquivilta!). Decididamente, lo que entendemos por público general visitante, dudo mucho que lo sepa; y después de la pregunta, lo más probable es que le

importe un pito la existencia de esos adornos que hay alrededor de los arcos.

Todo esto viene a cuento de algo muy curioso que entienden algunas personas cuando se plantea la cuestión de que los guías deben emplear preguntas. En el libro “Guía Práctica para Interpretación del Patrimonio” (véase *Boletín de Interpretación* número 1, sección Publicaciones), en las páginas 118 y siguientes se plantea la Estrategia del Preguntar, y no tiene nada que ver con algo por desgracia frecuente y que podría tener su origen en dos cuestiones.

La primera: la manía existente de no partir del conocimiento general que poseen los visitantes. Hay que ponerse en el papel del grupo (familiar, amigos o cualquier tipo de grupo) y no partir de nuestros conocimientos. Muchas veces se da por supuesto que al resto de los mortales les emocionan los pájaros, las flores, el arte prehistórico... y la verdad es que no; ellos no se pasan todo el día hablando y pensando sobre esos asuntos. No hay que olvidar que los guías debemos transmitir nuestro entusiasmo por todas esas cosas, incluso compartirlo y contagiarlo; pero pedir al visitante que parta de un nivel muy alto para que nos siga es mucho pedir. Además, se genera frustración, un “mal rollo” en la visita que al final se traduce en algo parecido a “ese guía sabe mucho pero es un listillo”.

La segunda cuestión posiblemente tenga que ver con un exceso de *didacticismo* mal entendido. A veces, en el aula los maestros preguntan de esta manera, y tiene su explicación en un momento determinado, pero tampoco se debe abusar de esta estrategia. También es posible que se relacione con la idea de que preguntando se provoca (desde luego puede que algún visitante piense tirar al guía al primer pozo que encuentre).

En resumen, el “sabes qué es”, mal empleado, huele un poco a una falta de recursos comunicativos y a no pensar en los visitantes.

Hay formas preciosas de preguntar, que provocan y generan interés, pero éstas han de ser oportunas y no continuas; el visitante ha de ser capaz de responderlas para que su autoestima no se vea minada y se percate de sus propias posibilidades de entender las cosas. En realidad el guía ayuda un poquito, y las preguntas son un pequeño empujón para caer al fantástico abismo en el que se navega con nuestra propia imaginación.

Un ejemplo sería la forma de presentar, en una senda o itinerario botánico una planta como el Rusco (*Ruscus aculeatus*, por si alguien lo llama de otras formas). Esta es una planta que tiene muchos usos y, en especial, una peculiaridad anatómica: sus hojas son pinchos, los tallos adoptan la forma de hojas y reciben el rimbombante nombre de *filocladios* (como todo el mundo sabe, "esta palabra es de uso cotidiano"). Es, en verdad, una planta que sorprende y muy llamativa en otoño con sus frutos rojos que salen "de la hoja". La escena guía - visitantes puede ser algo así:

Guía: "¿Saben ustedes qué es esto que estoy tocando? (El guía toca a la vista de todo el grupo un *filocladio* del Rusco)

Visitantes: "Una hoja". La respuesta es inmediata, incluso alguien se reirá por lo simple que es la pregunta, y seguramente piense si este guía es tonto; otros igual se ofenden porque les hacen una pregunta tan idiota. De alguna forma estamos provocando.

Guía: "Puede ser, pero a mí me tiene intrigado una cosa: si esto es una hoja, no entiendo muy bien qué hace esta bola roja pegada aquí..." Se deja colgando la frase, dando pie a los "espontáneos", que seguro que van a desear sacarnos de nuestra ignorancia.

Visitantes: "Esa bola es un fruto... como el del acebo".

Guía: "...o como una cereza. Por cierto, que sepamos, los frutos no nacen de las hojas. Si ustedes recuerdan a las cerezas, salen de un tallo. Por lo que esta hoja que tocamos es falsa, en realidad es el tallo. Las hojas están más arriba; con cuidado las pueden tocar".

Visitantes: "¡Y pinchan!"

Guía: "Por eso en algunos lugares los ramos de estas plantas se empleaban para proteger quesos y jamones de los ratones".

Visitantes: (os podéis imaginar que seguirán preguntando, aportando y pidiendo más información sobre el Rusco).

Nótese que en ningún momento el guía pregunta al público cosas que éste no sabe y, aunque todo es aparentemente espontáneo, tiene una intencionalidad clara de adónde quiere llegar para que los visitantes comprendan lo que se les cuenta.

Resumiendo, interpretar es bastante más que simplemente preguntar al público. Bien empleadas, las preguntas son enriquecedoras para todo tipo de personas en el transcurso de una visita. Por cierto, un buen ejercicio para los guías (yo lo practico a menudo) es anotar aquello que más pregunta la gente y es sorprendente: muchas veces las preguntas no tienen nada que ver con lo que estamos viendo.

Un sitio para interpretar la naturaleza en Buenos Aires

En la ciudad la puerta de entrada a la naturaleza queda en la Reserva Ecológica "Costanera Sur"

Eduardo Manuel Sánchez

Correo E:

mataco@wamani.wamani.apc.org

(Eduardo es miembro de la asociación Amigos de la Tierra, donde coordina el programa de Educación Ambiental. Trabaja como docente en el área de la Recreación y las Actividades con la Naturaleza. En la actualidad realiza un postgrado en "Educación en Ambiente para el Desarrollo Sustentable".)

Ubicada en Buenos Aires, a diez minutos del centro de la ciudad, por sus características particulares y su ubicación estratégica, es reconocida en el ámbito mundial, figurando en guías internacionales como sitio de interés turístico y educativo, así también como lugar propicio para la observación de aves.

Primero el río, luego la ciudad, ahora la Reserva Ecológica

Los orígenes de la Reserva se remontan a la década de los 70 del siglo XX, donde los gobiernos de entonces creyeron que otra vez había que ganarle tierras al Río

de la Plata para obtener nuevos espacios verdes y crear una "ciudad satélite". Así, en 1972 comienza el proyecto "Ensanche Área Central". Las obras de relleno se efectuaron frente al Balneario Municipal de la Costanera Sur, llegando hasta el antepuerto de la ciudad de Buenos Aires. El sistema utilizado fue similar al de los *pólderes* holandeses, construyéndose terraplenes con escombros que avanzaron río adentro hasta unirse, encerrando unas 300 hectáreas de río. El agua que quedó encerrada fue desagotada en forma parcial y el lugar fue rellenado con material proveniente del dragado del río.

Luego de años de relleno la obra fue abandonada –quién sabe por qué razones– dando paso a la acción de la naturaleza, sin intervención humana.

En 1985, Amigos de la Tierra –junto a otras organizaciones– comenzó a realizar acciones con objeto de proteger ese lugar en formación. Así, el 5 de junio de 1986 fue declarada por ordenanza municipal "Parque Natural y Zona de Reserva Ecológica".

Amigos de la Tierra viene desarrollando actividades allí incluso antes de su protección legal: visitas educativas para grupos de todos los niveles de la enseñanza, así como visitas de fin de semana para todo tipo de público. Las visitas se llevan a cabo tomando como base los conocimientos que traen los visitantes; y mediante juegos y actividades recreativas se intenta favorecer a la sensibilización y así acercar a los protagonistas al aprendizaje placentero.

Los senderos (interpretativos) nos permiten cruzar un denso pastizal de lado a lado y descubrir la complejidad de este ecosistema e internarnos en el bosque para luego llegar a nuestro querido y tan contaminado Río de la Plata. Al recorrer los distintos ambientes es posible realizar comparaciones de suelo, flora y fauna con parámetros en el mismo sitio. Actividades que incluyen ver, tocar, oler y escuchar, son propuestas por los Intérpretes intentando una relación desde lo placentero y lo armónico con lo natural.

El público que concurre a la Reserva los fines de semana es un público heterogéneo, tanto por sus edades como por sus intereses, de manera que esta variedad en la composición de los grupos se presenta como un desafío sumamente interesante y, a la vez, como una dificultad debido al comportamiento netamente urbano de la mayoría de los visitantes. Con esto quiero decir que el